

Queridos hermanos,

Para comprender el diálogo que hemos escuchado en el Evangelio tenemos que situarnos en el momento en que tiene lugar. Sabemos que no es ni al comienzo de la vida pública de Jesús, ni tampoco al final. Hacía tiempo que Jesús había comenzado a predicar, que había llamado a los primeros discípulos, que había enseñado en parábolas y había elegido a los Doce, y desde el principio había hecho milagros... podemos recordar el que escuchábamos el último domingo donde Jesús curaba a un sordomudo tocando sus oídos y su lengua.

El caso es que nos encontramos en mitad, hablando de forma muy general, de la vida pública de Jesús –de hecho el episodio de hoy lo narra san Marcos entre los capítulos 8 y 9 de su Evangelio, que tiene en total 16 capítulos–.

Por otro lado hay que tener en cuenta que no todo el mundo conocía a Jesús de igual manera. Todos habían oído hablar de él. Y muchos lo habían oído predicar o lo habían visto hacer algún milagro. De entre estos muchos, un grupo amplio de hombres y mujeres se consideraba discípulos de Jesús. De entre estos que se consideraban discípulos de Jesús no todos iban con él, muchos hacían su vida normal pero estaban pendientes de las noticias que les llegaban y, cuando podían, se acercaban a escucharlo. Había otro grupo de discípulos que convivía con Jesús, un grupo de hombres que iban físicamente con Jesús y compartían muy estrechamente su vida, también algunas mujeres acompañaban al grupo. Y de entre este grupo de discípulos, Jesús había elegido a los Doce y con ellos mantenía una cercanía aún mayor.

Esto quiere decir que entonces, igual que hoy, no todos lo conocían de la misma manera.

He aquí, pues, que en mitad de su vida pública, cuando ya había predicado y enseñado y cuando ya había hecho muchos milagros, Jesús se para con los más cercanos y les pregunta: «**¿Quién dice la gente que soy yo?**». A Jesús le interesa poco el reconocimiento público, lo que le interesa al comenzar este diálogo con sus discípulos y con nosotros en esta mañana de Domingo es que pensemos en aquel que tenemos delante y que lleguemos a conocerle con un tipo de conocimiento propio de la vida cristiana que es la fe, que es un tipo de conocimiento que va más allá de las apariencias y va también más allá de lo que la razón humana puede deducir de lo que ve. Un tipo de conocimiento que alcanza lo que no se ve, ni se puede medir, un tipo de conocimiento que va más allá de las deducciones de la razón y que alcanza a conocer el misterio de Dios.

Pues ante esta pregunta, la gente que ha oído y visto a Jesús, tiene razones para pensar que Jesús está en la línea de los profetas, es decir en la línea de aquellos hombres que movidos por el Espíritu de Dios, hablaban en su nombre. «**Unos que Juan el Bautista, otros que Elías y otros que uno de los profetas**». Tendría su interés distinguir estas tres consideraciones, pero no tenemos tiempo para los detalles. En definitiva, lo que la gente pensaba es que Jesús era alguien suscitado por el Espíritu de Dios, como lo había sido Elías, como lo habían sido los profetas posteriores, o como lo había sido el

mismo Juan Bautista que hacía poco que había sido ejecutado en la cárcel. Era fácil una respuesta así para unos judíos que habían visto y oído todo aquello.

Pero Jesús continúa el diálogo centrándose en sus discípulos más cercanos: **«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»**. Y ante esta pregunta, la respuesta de Pedro es rotunda: **«Tú eres el Mesías»**. El Mesías era una figura clave en el judaísmo. Era una figura que se había ido dibujando por los profetas desde Isaías y en la que se cifraban todas las esperanzas de Israel. Se esperaba que él, sucesor del rey David, hijo de David, fuese rey en Israel y restaurase un reino eterno. Se esperaba que con él llegase el tiempo de un conocimiento más pleno de Dios, un tiempo en el que el hombre pudiese volver como a los tiempos del paraíso, donde el hombre podía percibir la cercanía benéfica de Dios. Y con la cercanía y el conocimiento de Dios, se esperaba la instauración en Israel un tiempo sin fin de justicia y de paz. En fin, los evangelios están llenos de detalles que nos muestran los que unos y otros esperaban de este Mesías prometido por Dios a través de los profetas.

Pedro es capaz de reconocer que Jesús es el cumplimiento de las esperanzas de Israel, de las promesas de Dios: **«Tú eres el Mesías»**. Es un reconocimiento clave, porque significa que Jesús no es un loco o un exaltado, sino que está en relación directa con el único Dios que llamó a Abraham, el único Dios que sacó a Israel de la esclavitud por mano de Moisés y que recibió de Dios la Alianza y los Mandamientos, el único Dios creador de todo que está por encima de todos y sin el cual nada existe. Esta es una respuesta fundamental. Podríamos preguntarnos si nosotros podríamos decir hoy a Jesús con sinceridad esto mismo que le dice Pedro: “Tú eres mi esperanza”; “todo lo bueno que espero, lo espero de ti”; “tú eres la clave para que mi vida no se pierda en el vacío”; “tu eres la clave para que mi vida no se malogre”, “todo lo bueno que espero, sé que sólo me puede venir de ti”. Si llegamos a esto, como llegó Pedro, hemos avanzado ya mucho.

Y ya os digo una cosa, para llegar hasta aquí y también para seguir adelante, es necesario una cosa: no ser muy inteligente o tener mucho dinero o ser muy simpático, ni siquiera es necesario ser bueno, sólo una cosa en suficiente y necesaria para alcanzar este punto que ha alcanzado Pedro: seguir a Cristo. Había muchos entre los judíos que eran meros espectadores de lo que ocurría con Jesús, miraban desde lejos, con indiferencia, otros miraban con curiosidad, con más o con menos curiosidad... NO BASTA, NO BASTA MIRAR COMO ESPECTADORES, NO BASTA CON MIRAR CON CIERTA CURIOSIDAD. Sólo quien sigue de cerca a Jesús y compromete su vida en su seguimiento descubrirá el misterio que encierra y se beneficiará de él. Digo esto porque a veces somos cristianos de esta forma: venimos a misa los domingos y miramos a Jesús como meros espectadores. No basta, es necesario seguirlo

Pedro ha llegado a este punto de reconocer en Jesús al Mesías y él personalmente ha puesto en Jesús todas sus esperanzas, por eso le sigue de cerca, por eso ha dejado su trabajo y su familia y está con él. Pero no le basta eso a Jesús. Jesús es el Mesías, pero es más. Es el Mesías, pero lo es de una forma que aquellos hombres no pueden aún imaginar. Y Jesús se dispone a enseñarles. Su enseñanza se prolongará hasta que se haga ver elevado en la cruz, hasta que se haga ver resucitado y hasta que derrame sobre ellos el Espíritu Santo en Pentecostés. Pero ya empieza ahora: Sí, Pedro soy el Mesías, pero **«tengo que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día»**. Jesús indica el camino de su mesianismo. Él es el Mesías, ciertamente, y por eso mismo, llegará a la cruz. Eso no lo podía entender Pedro ni ningún otro. La primera lectura que hemos leído del profeta Isaías hablaba de este mesías sufriente, pero los judíos no podían entenderlo, no eran capaces de identificar al mesías con el sufrimiento, con la muerte, con el aparente fracaso.

Jesús les dice: soy el Mesías, pero mi camino no es el camino de una aparente victoria, sino un camino de sufrimiento, de incompreensión, un camino que llega a la muerte. Es verdad que habla de resurrección, pero en este momento concreto los discípulos no pueden apenas entender qué significa la resurrección. Dice san Marcos que Jesús les expuso este camino de sufrimiento con toda claridad. Fue tan claro que Pedro, que acababa de decir que él era el Mesías, se llevó a parte a Jesús y se puso a increparlo. Como diciendo «no puede ser, tú eres el Mesías, ese no puede ser tu camino». Pero atentos a la respuesta de Jesús: **«¡Aléjate de mí, Satanás, tú piensas como los hombres, no como Dios!»**. Pedro había sido capaz de reconocer en Jesús al Mesías, pero su pensamiento sobre el Mesías, en realidad distaba mucho del pensamiento que Dios tenía, del camino trazado por Dios para su Mesías. Es realmente curioso que Jesús lo llame “Satanás”. “Aléjate de mí, Satanás”. Satanás es el que tienta, y aunque nos cueste creerlo, porque en el fondo pensamos que a Jesús no le costaban las cosas, como si no fuese también realmente hombre, Jesús fue tentado por Satanás, desde antes de iniciar su vida pública hasta que estaba clavado en el madero, justamente para que rechazase este camino de la cruz. Acordaos de las tentaciones del desierto, pero acordaos también de las palabras que escucha Jesús cuando está en la cruz: **«Baja de la cruz y creeremos en ti»**. Por eso Jesús es tajante con Pedro: **“Apártate de mí Satanás, tú piensas como los hombres, no como Dios”**.

Pero no le basta a Jesús ni hacer que sus discípulos le reconozcan como Mesías, ni le basta declarar su camino de sufrimiento, ni de corregir a Pedro por indicarle otro camino distinto. Además de eso, exhorta a sus discípulos a compartir este mismo camino, de tal forma que viene a decir que quien no esté dispuesto a andar con él este camino no tiene nada que ver con él: **«El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda por mí, la salvará»**.

Ahora debemos decidirnos nosotros. Cristo se ha decidido por nosotros: ha escuchado la voluntad de su Padre y ha avanzado hasta la cruz. Por obediencia a Dios, por amor a Dios y por amor nuestro. Ahora nos toca a nosotros decidirnos: primero, si toda la vida vamos a permanecer sencillamente como espectadores delante de Cristo o si nos vamos a decidir seguirlo; luego, si estamos dispuestos a seguirlo hasta el fin.

He aquí unas palabras con las que san Juan de Ávila respondía a Jesús:

¿Y quién es aquel que te ama y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí... Pues en la cruz te quiero buscar y en ella te encuentro, y encontrándote me curas y me libras de mí... Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, aunque sí con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor por mí.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana